

Estudiante del último curso de Derecho en la Universidad de Córdoba, colabora regularmente con publicaciones online de carácter cultural. "Escribir, según sus palabras, como forma de responder a un mundo cada vez más alejado de la reflexión y de la autocrítica", representa su auténtica vocación.

Marcos Carrascal Meneses

(Córdoba, España)

Primer Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

MONSIEUR PETENNIER

Al profesor Maurice Petennier le crecía una pronunciada chepa que parecía moverse un instante después que el resto de su cuerpo cuando caminaba, lento, por los pasillos de la facultad. Sus americanas grandes — como su espalda-, tejidas al estilo docente y por lo general marrones, le ocultaban parcialmente el pescuezo, disminuyendo la explicitud de tal fenómeno. Su cuerpo era, si se observaba detenidamente —por ejemplo, desde el otro lado de la balaustrada que cercaba el segundo piso del patio interior de la facultad-, una arcaica maquinaria desengrasada que aún resistía entre la mayoría de jóvenes. No había duda de que le separaba, incluso del resto de profesores, una barrera generacional muy profunda. El profesor Maurice



Petennier estaba, además, cansado. Una nube de ausencia poblaba su mirada, y al andar lento y pesado se le unían las pocas palabras que, fuera de sus clases, solía pronunciar.

Era una mañana fría de invierno. El viento diluía los rayos del sol y generaba un entorno fresco. Maurice Petennier abandonó su casa en la calle Saint-Benoit, frente al Café de Flore, y comenzó a caminar sobre la acera del bulevar Saint-Germain, con dirección al cruce del bulevar Saint-Michel. Compró el periódico, como de costumbre, en el quiosco situado frente a la plaza de la universidad. Barack Obama, nuevo presidente electo de Estados Unidos —titulaba la edición matinal de *Le Parisien*— Europa respira tranquila. A la entrada del edificio saludó a la mujer de la limpieza. Subió las escaleras hacia su despacho y se sentó a terminar de leer el periódico. Unos golpes en la puerta interrumpieron su lectura. Eran las siete y veinte de la mañana, aún faltaba un buen rato hasta el comienzo de las clases.

—Pase —dijo, y sonó como un rugido ronco de años de fumador.

—Buenos días, Monsieur Petennier, ¿qué tal se encuentra? —preguntó un hombre trajeado, gordo, de unos cuarenta años y pelirrojo.

—Estupendamente, señor rector, cómo se acuerda usted de mí.

—Me alegro, es reconfortante ver cómo una persona de su edad se muestra tan sencillamente optimista ante la vida —declaró el rector, con un tono exagerado que recordaba al de un mal vendedor de seguros.

—Muchas gracias, muy amable por su parte —y, resolutivo, añadió: —Ahora, si me disculpa, tengo que preparar la lección para las clases de esta mañana.

—Señor Petennier, escuche, es preciso que hablemos de su asunto —interrumpió el rector, cambiando su tono a uno de alarma—. No tiene ningún sentido que agravemos la situación. Ha llegado el punto de abandonar, señor Petennier.

—¿Abandonar? Váyase de aquí, señor rector, le recuerdo que mis alumnos esperan de mí que les duerma durante una clase, y aún no he preparado mis lecciones —dijo el profesor, airado.

—Usted ha agotado todas las vías posibles para seguir ejerciendo como docente en esta facultad, ha solicitado toda clase de prórrogas a decenas de instancias, y no ha obtenido nada. No tiene opción, debe abandonar inmediatamente su plaza.

—Usted sabe que eso no es cierto —se dibujó una leve sonrisa en la cara de Petennier.

—Emprender una batalla judicial no le va a servir de nada, usted lo sabe.

—Váyase de aquí. Me servirá para molestarle a usted, y para amargarle todas las mañanas que quedan hasta que el último magistrado del último tribunal de este país haya rechazado el último de mis recursos.

El rector salió por la puerta sin responder, dejándola abierta. Mientras se alejaba, sus pasos sonaban militares. Maurice Petennier se dejó caer



sobre el sillón, y sacó del bolsillo interior de su chaqueta un paquete de tabaco del que extrajo un cigarrillo. Lo encendió con dos movimientos rápidos de su brazo y se concentró en el humo que emanaba de su cabeza. La universidad llevaba tres años solicitando la jubilación forzosa del profesor. Tres años en los que él había tratado de evitarlo, amparándose en todos los recovecos que, como profesional de las leyes, conocía. Ahora tocaría una buena cantidad de juicios. La vida le parecía tan corta ya que, a pesar de la decepción general que tenía por su trabajo y por las generaciones actuales, estaba dispuesto a hacerlo.

Detrás de Maurice Petennier, hay, por supuesto, una historia. Aunque su aspecto actual solía engendrar poco interés en las personas con quienes coincidía, Monsieur Petennier podía reclamar una cuota justa de la historia de la República. Había sido discípulo de Marcel Prélot, un constitucionalista famoso en su época. En 1960, con veintisiete años, accedió a una plaza fija en la Universidad de París, donde daría clase el resto de su vida.

En una mañana como aquella, de 1968, en que su rutina había sido prácticamente la misma, Petennier puso la radio para escuchar las noticias. Los estudiantes de la facultad de Nanterre no han entrado esta mañana en sus clases. Reclaman la liberación de estudiantes del Comité Vietnam Nacional. Llamó a su amigo Étienne, periodista en la redacción de *Le Monde*, para preguntarle.

—Oye, Étienne, ¿qué ha pasado en Nanterre, ha ido la cosa muy lejos?

—No estamos seguros, parece que el decano va a cerrar la facultad. Se les nota nerviosos.

—Te agradecería que me tuvieras informado. Estaré localizable en este teléfono, si ocurre algo.

—De acuerdo Maurice, pero no te esperes gran cosa.

Maurice Petennier llevaba entonces poco tiempo dando clase. Aún era inexperto en la mayoría de las habilidades que componen a un buen profesor, pero su disposición a mejorar era plena. Creía que aspirando a mejorar él mismo contribuía a mejorar la sociedad. Militaba activamente en el Partido Comunista desde hacía dos años. Algunos altercados violentos habían salpicado la facultad de Nanterre en los últimos meses, aunque nada parecía apuntar a una respuesta unitaria de los estudiantes. En sus clases de derecho político, Petennier mostraba con ilusión nuevos horizontes a sus alumnos. Las aulas eran bulliciosos centros de actividad intelectual y artística, de discusión y de esperanzas.

Ahora Maurice Petennier pensaba en otras cosas. Haciéndose la cena en su casa —un plato que había dejado preparado la asistente en la nevera, y que sólo tuvo que calentar en el microondas—, recordaba a Diane, la mujer que amó tanto. Hacía veinte años desde que se separaron. Un mes antes, la hermana de Diane había llamado para comunicar su muerte, tras una larga enfermedad. La vida le parecía al profesor mucho más fría y antipática desde entonces. Tras comer, encendió la televisión y se durmió rápidamente con un programa de debate local.

Al día siguiente dio la lección en una clase de la asignatura optativa en la que había conseguido colarse como profesor ese curso, esquivando las trabas que le ponían desde hacía un tiempo. No reconocía ninguna cara. El tamaño de las clases y la cantidad de alumnos no habían variado



demasiado en cuatro décadas, pero ahora sentía formar parte de una especie de anonimato, en el que le resultaba imposible encontrarse cómodo.

—A ver, ¿alguien sabe qué fue lo que ocurrió hace unos... veinte años en Berlín? —preguntó, invitando a algún estudiante a marcarse un punto.

—¿La caída del muro, Monsieur Petennier? —titubeó una voz desde la segunda fila.

—¡No, mal! El muro se cayó y todos los berlineses fueron felices, sí, eso pone en sus libros de secundaria, y eso les dirán si preguntan, pero lo importante es por qué se produjo la caída... ¿alguien recuerda por qué? —dijo secamente, y fue respondido por el silencio general del aula. Continuó: -La propia República Democrática de Alemania deseaba su desaparición, ¡los líderes comunistas de la Alemania del Este estaban hartos de trabajar más y cobrar menos, querían coches ostentosos y poder gastarse impunemente sus fortunas en divertimentos menos comprometidos con la causa! ¡Eso fue lo que ocurrió! ¿No les enseñan nada a ustedes en otras asignaturas, o en la televisión? ¿Leen el periódico? ¿Están todos ustedes embobados, en la luna! —gritó, para después reducirse y jadear ahogadamente unos segundos. Está bien, sigamos con la clase, no tiene importancia.

La contundencia con que el profesor Petennier reaccionaba en situaciones así tenía excusa. Año tras año había visto cómo el interés y las inquietudes de sus alumnos se habían desintegrado. Se había ido alejando de los estudiantes al mismo ritmo con que éstos se alejaban de las preten-

siones del pasado. Por ello, estaba convencido de que los universitarios actuales eran ignorantes y conformistas, y le enervaba tener que dar más explicaciones de las que consideraba necesarias.

El día diez de mayo de 1968, Maurice Petennier había participado en varias asambleas con estudiantes —incluso le tomaron por alumno en una de ellas—, al compás de la movilización que surgiera unos días atrás. La policía iba a entrar en la facultad de un momento a otro: aquello iba a ser la guerra. Agarrando el cuaderno en el que había querido apuntar todos los datos relevantes, se levantó del frío suelo de baldosas de la biblioteca y comenzó a caminar deprisa hacia una de las posibles vías de escape. El descontrol reinaba, turbas de personas corrían en todas las direcciones. No quería entorpecer, pero necesitaba abrirse camino. Sin percatarse, se tropezó con un bulto y cayó al suelo sobre él. Era una chica. Petennier no sabía cómo reaccionar, toda la estampida le pasaba alrededor y recibió varios pisotones. Cuando pareció que la cosa se calmaba, se levantó y ayudó a la chica a levantarse. Diane. No les dio tiempo a dirigirse la palabra: un regimiento de policías entró derribando las puertas y cargó contra ellos y dos o tres rezagados más. La paliza le obligó a quedarse en cama durante el resto de los acontecimientos de aquel mayo, pero tan pronto pudo levantarse se puso en contacto y se vinculó con el acervo intelectual que había surgido de aquel momento. Los años siguientes fueron muy prolíficos para Maurice Petennier: conferencias, artículos, debates radiofónicos. En 1973, el profesor Petennier fue uno de los impulsores del periódico *Libération*, que abandonó definitivamente en 1984.

Hacía años que no bajaba a la cafetería de la facultad, pero esa tarde no tenía ganas de desplazarse para tomarse un té, así que se sentó



en uno de los taburetes de la barra y pidió que el agua no estuviera excesivamente caliente. Cuando se terminó la taza tomó el camino de vuelta a su casa, aunque decidió pasar antes por la pequeña parroquia ortodoxa de Saint-Julien le Pauvre, una construcción románica que constituye la pieza más antigua de arquitectura religiosa en París, muy cercana a la catedral de Notre-Dame. En la esquina de la calle Saint-Jacques, justo antes de la entrada al bullicioso mundo de restaurantes étnicos del Quartier Latin, un muchacho repartía panfletos, secundado por una chica que lanzaba consignas a través de un megáfono “¡Defendemos la enseñanza pública! ¡Sarkozy privatiza la universidad!”. Petennier se acercó y cogió un pasquín. Lo leyó y dijo:

—No sabéis lo que hacéis, protestáis por tonterías.

—¿Está usted interesado en la reforma de la universidad, señor? —le respondió el joven, un poco intimidado.

—Así no vais a ninguna parte. Los estudiantes de hoy habéis perdido el norte. La reforma es mala, pero no por los motivos que vosotros pensáis.

—Pues dígame qué piensa, señor —preguntó el muchacho, en cuya mirada se reflejó momentáneamente la visión de la esperanza.

—¡Pienso que sois estúpidos! ¡Buenas tardes!

En su casa, de la que no volvería a salir en varios días, Maurice Petennier se sentó a pensar. El estudio le recordaba a ella, a sus tardes de trabajar juntos entre cafés. Los años de su vida que pasó con Diane

siempre le habían parecido los mejores. La felicidad que le rodeaba consiguió que renunciara a muchos ideales: construyó un hogar, alquilaron un piso céntrico y dejó de frecuentar, poco a poco, las tertulias y los mítines de los círculos de Montmartre. El sentido de sus pensamientos dejó de ser tan dramático, al fin y al cabo, y pudo acomodarse en una vida más convencional. El profesor Petennier sabía que ella sí había sido feliz después. Su muerte era más dolorosa de lo que había imaginado: ahora la esperanza de volver a tenerla cerca había desaparecido sin posibilidad de retorno. El cansancio, que durante años ya había golpeado el ánimo de Petennier, devoraba sin clemencia sus ganas de vivir. Después de una hora ausente sobre el sillón, sacó del cajón de su escritorio un puro habano que conservaba en una caja de metal y se lo encendió. Empezó a saborear las bocanadas de humo y metió un papel en la máquina de escribir electrónica que había sobre su escritorio. Comenzó a redactar:

“Estimado señor rector:

Por motivo de la última resolución judicial, pronunciada por el juzgado décimo de asuntos administrativos de París, en lo concerniente a mi continuidad como profesor en la Universidad de París, entiendo conveniente presentar mi dimisión, renunciando a ejercer los recursos que la ley prevé en mi amparo, y retirar cualquier pretensión mayor que la de encontrar por su parte la cordialidad necesaria.

Maurice Petennier.”

Firmó el papel, lo dobló, y lo introdujo en un sobre. Pasó la lengua por el adhesivo y se preparó para ir a la cama.



En 1988, Mitterrand quiso que Petennier participara, discretamente, en la campaña para su reelección, aunque éste se negó contestando "la alta política nunca ha sido mi fuerte" en una carta al candidato socialista publicada por Le Monde. Desde entonces, el profesor Petennier había dejado de ser un personaje reconocible en Francia, aunque muchos le respetaban por estar al tanto de su pasado. Lo que Mitterrand no sabía es que fue ese el año en que Diane abandonó a Maurice, y que los ánimos del profesor estaban por los suelos. Su retirada, que a los pocos medios de comunicación que se percataron de ella les pareció una estrategia para alistarse en otro bando, en realidad estuvo motivada por aquel suceso. Se volvió más escéptico y orgulloso, y terminó por renegar de muchas cosas que había defendido. Entró en confrontación, al fin y al cabo, con el presente, que ya por entonces no le ofrecía ningún consuelo.

El día que eligió para dar solemnidad a su marcha de la universidad coincidía, y no en vano, con la convocatoria de una manifestación en contra de la reforma. Quería respirar por última vez la tensión de los pasillos, aunque ahora la despreciase. Y de paso, aprovechar un día en el que pudiera pasar desapercibido. Dejaría la carta a Sophie, la secretaria del rector, y volvería rápidamente a casa, quizás parando a desayunar unos croissants. Era un plan muy sencillo.

En la planta baja del edificio administrativo se escuchaban rumores y se palpaba agitación. Los estudiantes estaban fuera, y parecía que se iban a decidir a entrar y armar un buen lío. Petennier estaba tranquilo, calculaba terminar antes de que nada pudiera ocurrir. Pero en un momento, una abigarrada masa de chicos y de chicas arrasó el hall gritando y levantando pancartas. El profesor Petennier había logrado ponerse a salvo,

en las escaleras de metal que se alzaban desde la entrada y daban acceso al resto de plantas. Observaba la escena con interés, maldiciendo interiormente a los unos y a los otros. Chillidos y carreras, mensajes confusos y poco coordinados retumbaban en el gran habitáculo de la recepción.

Cuando bajó, una vez que la masa hubo abandonado la batalla, pudo ver en un rincón de la sala a una chica abrazando asustada a un joven de aspecto despistado. Ella repetía, entre sollozos, que no quería que la golpearan. Él consiguió calmarla, y le dio un beso en la mejilla. Salieron juntos por la puerta y enseguida un policía corrió a detenerles. Petennier sintió la necesidad de gritar:

—¡Déjeles en paz, usted mismo ha visto que no han hecho absolutamente nada!

—Usted a callar, abuelo, ¡y no se meta si no quiere problemas!

Después de dudarlo unos momentos, el profesor Petennier prefirió mantener el silencio. Buscó una puerta que le condujera fuera del edificio y se acercó a la primera papelera que pudo avistar. Allí mismo, sacó el sobre sellado y lo rompió en varios trozos, que cayeron con el resto de la basura. Empezando la marcha, parpadeó pausadamente y se dijo, en voz baja, a sí mismo:

—A ellos ya les han vencido. Pero para ganarme a mí aún les quedan varios asaltos.